

El racionalismo crítico y la sociedad abierta

(Comentarios en torno a la polémica de Karl Popper contra el marxismo)

RENÉ ANTONIO MAYORGA

La teoría de Karl Popper sobre la sociedad abierta nos interesa no porque Popper sea *in strictu sensu* un teórico de la democracia representativa contemporánea y aporte perspectivas realmente novedosas a la problemática de la democracia. Todos sabemos que su contribución fundamental en el campo científico se ubica en la teoría de la ciencia y de la epistemología de las ciencias naturales, cuyo método universaliza y convierte en el paradigma del conocimiento científico como tal. En rigor, Popper nos llama la atención por el hecho de formular su distintiva y provocativa defensa de la democracia como sociedad abierta; apología que está apoyada en una crítica de la filosofía social y política de los que él denomina “los enemigos de la sociedad abierta”. Por lo tanto, el tema central de este análisis no radica en la relevancia de una supuesta concepción *sui generis* de la democracia burguesa que Popper nos pueda ofrecer; se trata, más bien, de plantear la peculiaridad de la defensa teórica que hace de la democracia y que, a mi criterio, reside en la refutación del método de conocimiento y del modo de concebir las condiciones del funcionamiento y de preservación de un sistema realmente democrático de los enemigos de la democracia y que, según él, desde Heráclito, Platón y Aristóteles hasta Hegel y Marx constituyen prácticamente la vertiente predominante del pensamiento político occidental.

Es importante exponer a Popper en este sentido, pues su teoría política se apoya en una teoría fundamental de la racionalidad científica, contrapuesta a la teoría del conocimiento histórico del historicismo que es para nuestro autor el fundamento teórico-cognitivo de los enemigos de la sociedad abierta. Es también interesante considerar la argumentación popperiana contra Hegel y Marx en cuanto enemigos recalcitrantes de “la sociedad abierta”, porque la crítica de Popper no aboga simplemente por el arquetipo de una democracia burguesa clásica. Popper es un lúcido

ideólogo que incorpora a su argumentación la experiencia histórica de las propias democracias burguesas, del desarrollo del capitalismo y también fundamentalmente las experiencias negativas de los intentos socialistas de transformación.

Su crítica al socialismo es, en lo esencial, una crítica a la teoría marxista como la forma contemporánea más importante de una racionalidad hostil a la democracia; en otras palabras, es refutación del socialismo a través de una crítica a la racionalidad del marxismo, cuya raíz está, según él, en el historicismo. Pero además, su concepción de la democracia en cuanto a sociedad abierta está íntimamente ligada a una teoría de la racionalidad científica. En rigor, el supuesto radical de Popper es el entrelazamiento mutuo entre la democracia representativa y el racionalismo crítico como dos dimensiones de una misma realidad. La democracia es la base social del pensamiento racionalista crítico; sólo la democracia alimenta y promueve esta racionalidad a todos los niveles. Por otra parte, solamente el racionalismo crítico puede ser efectivamente la base teórica consciente de una democracia real. Ambos aspectos se corresponden entonces necesariamente en esta concepción. Cuando Popper ataca a "los enemigos de la sociedad abierta", una de sus intenciones básicas es poner al descubierto el conflicto histórico que, de acuerdo a su visión histórico-filosófica, se desenvuelve, desde los albores de la democracia occidental en Grecia, entre una concepción democrática irracionalista y una concepción totalitaria, antidemocrática e irracionalista. Esto quiere decir, que Popper ve la defensa de la democracia burguesa contemporánea y la propia teoría del racionalismo crítico en una perspectiva histórico-universal. Por esta razón, la teoría de la sociedad abierta empieza con un ataque despiadado a la filosofía política de Platón y se concentra fundamentalmente, después de impugnar a Hegel como el representante moderno del nuevo tribalismo y totalitarismo, en Marx como el heredero de Platón y Hegel y, por lo tanto, como el abogado más conspicuo de la sociedad cerrada, del pensamiento totalitario y de la concepción filosófica correspondiente del historicismo.

Para analizar la concepción popperiana de sociedad abierta y sus aspectos sustanciales como las paradojas de la democracia, del intervencionismo y la ingeniería social como procedimiento racional para asegurar el desarrollo democrático de las sociedades contemporáneas, y también para exponer los argumentos de Popper contra el historicismo marxista, creo necesario detenerse en la teoría de la racionalidad científica y, sobre todo, en ciertos elementos metodológicos. En efecto, se podría afirmar que Popper extrae de su teoría o meta-teoría de la racionalidad científica consecuencias políticas y éticas. En la ética, al destruir el mito del conocimiento seguro, apodíctico, dogmático, Popper nos quita toda garantía en la cual nosotros podríamos depositar nuestras opciones y desprendernos de nuestra responsabilidad y libertad individuales. En cuanto a la política, de la teoría de la racionalidad científica se infiere para Popper necesariamente el reemplazo del principio de "razón suficiente" propio

del historicismo, por el principio del "examen crítico" que somete nuestras convicciones y creencias al riesgo de ser falsificadas y propicia la reforma gradual y progresiva de la sociedad en base al método del aprendizaje por ensayo y error que es el meollo de la ingeniería social propuesta por él.

La relación entre razón, racionalidad y política en el marco del racionalismo crítico reside en el rechazo tanto de la razón total que pretende el conocimiento sistemático y definitivo de la realidad de la sociedad, de la historia y de la naturaleza, como de la sociedad perfecta. Para Popper no es posible ni la razón total ni la sociedad perfecta. La democracia por la que aboga, tiene y conoce sus problemas, ambigüedades y paradojas. Pero los conflictos que encierra necesariamente la sociedad, no son contradicciones dialécticas reales como afirma el marxismo. El racionalismo crítico acepta la noción de contradicciones en el seno de la teoría, pues el conocimiento se alcanza a través de la superación de obstáculos y errores; pero el principio de contradicción asumido es el de la lógica formal, el principio de contradicción excluida; en consecuencia, este principio es pre-hegeliano y pre-marxista. Y es en base al principio de contradicción excluida que Popper propone una solución de los conflictos sociales sometiendo la teoría y la praxis de la política al método de aprendizaje por ensayo y error. Esto significa que la praxis política racional, la que recurre tanto a la razón como a la experiencia para resolver los problemas, excluye los ideales utópicos y se orienta a construir la mejor sociedad posible, localizando la raíz de la infelicidad y el sufrimiento, proporcionando soluciones contrastables, parciales y progresivas, adoptando las eficientes y eliminando las deficientes.

Popper propugna una discusión crítica de las ideas políticas que tenga una real incidencia en la organización del Estado o de la sociedad; la racionalidad política opera metodológica y prácticamente en el sentido de una tecnología social y fragmentaria que promueve cambios graduales empíricamente revisables. Esta tecnología se desarrolla en el contexto de la discusión de sujetos racionales, de una discusión que permite el triunfo o la desaparición de las ideas, pero no de los hombres que la sustentan. En suma, la razón crítica favorece para Popper el cambio gradual y progresivo, considera a la democracia representativa como la forma más racional y apta de gobierno, digamos la que mejor ha resistido la crítica y la contrastación, y rechaza el conservadorismo y la revolución como manifestaciones de irracionalidad que llevan a la sociedad cerrada, o sea, al antípoda de la sociedad abierta.

La teoría de la racionalidad científica es una epistemología que encierra una metodología precisa que busca la demarcación del proceso de investigación científica, que produce conocimientos en forma progresiva, reconocidos intersubjetivamente, de la especulación pseudocientífica de la indoctrinación. Popper eleva la falibilidad a concepto y criterio de cientificidad de sistemas de proporciones empíricas; es decir, convierte la falibilidad en criterio de demarcación. Es significativo que haya desarrollado este criterio en el contexto de una discusión directa con el marxismo

y el psicoanálisis. Este criterio revela, en rigor, la orientación de la teoría positivista de la ciencia que propone Popper, a saber, la intención de hacer del empirismo científicista la ley exclusiva del trabajo científico.

La metodología de Popper es una explicación del empirismo científicista: las teorías científicas son sistemas de proposiciones universales y empíricamente falsables sobre leyes que determinan la realidad del mundo natural e histórico; el método de la ciencia es el método del descubrimiento, de la revisión empírica y del desarrollo progresivo de teorías empíricas impuesto por las falsaciones. El objetivo de las teorías científicas es el descubrimiento de aquellas estructuras de la realidad cuyo conocimiento posibilita la explicación de fenómenos sorpresivos e incomprensidos. La explicación de un fenómeno significa para Popper la deducción de condiciones básicas con la ayuda de una proposición universal. Toda explicación revela la causa de un fenómeno, pero la explicación causal no es otra cosa que un pronóstico posterior. El verdadero valor de las teorías científicas consiste en la posibilidad de deducir de ellas pronósticos condicionados que pueden ser revisados y revisables en y por la propia realidad. Es decir, explicación y pronóstico son iguales de acuerdo a su estructura lógica. La revisión de una explicación teórica ocurre por medio de la revisión de los pronósticos deducibles de la teoría en cuestión. Pero, sobre todo, resulta de la similitud estructural de la explicación y del pronóstico que las teorías científicas son, según su estructura lógica, teorías técnicamente utilizables. El conocimiento de las conexiones funcionales entre variables, respectivamente entre causas y efectos, amplía el margen de la conducta posible racional adecuada a fines. Popper propone entonces claramente tanto en el ámbito de las ciencias sociales como en el de las ciencias naturales el desarrollo de teorías científicas capaces de ser empleadas pragmática y técnicamente.¹ Popper desarrolló en *La miseria del historicismo* este nexo entre estructura lógica de las teorías científicas y su aplicabilidad técnica, un nexo que implica una relación determinada de teoría y praxis, de investigación científica y aplicación práctica.²

En esta obra y en las tesis social-filosóficas de la *La sociedad abierta y sus enemigos*, presenta Popper una concepción positivista científicista del concepto de ciencia y ofrece una fundamentación restrictiva de la racionalidad que se apoya, en realidad, en una argumentación ética, como habíamos señalado antes. De esta concepción emerge la crítica a las versiones "holísticas" de la historia y de la sociedad que, como el hegelianismo y el marxismo, tratan de conocer totalidades. De la restricción de la "razón total" a una "razón parcial", cuya contraparte es la virtud de la tolerancia activa y crítica, resulta la concepción de la tecnología gradual.

¹ Cf. Karl Popper, *La miseria del historicismo*, Ed. Alianza/Taurus, Madrid 1973, p. 43 ss; *La sociedad abierta y sus enemigos*, Ed. Paidós, Buenos Aires 1967, t. I, p. 252 ss.

² Albrecht Wellmer, *Kritische Gesellschaftstheorie und positivismus*, Ed. Suhrkamp, Frankfurt 1965.

Todo lo que no se ajusta, por ejemplo del marxismo, a esta teoría, es refutado por Popper como especulación o como simple juicio de valor. En efecto, su concepto de ciencia implica una separación estricta de juicios de hecho y juicios de valor como también una yuxtaposición de teoría y praxis.³ Como Popper rechaza enfáticamente un concepto de objetividad enraizada en la realidad social e histórica, la racionalidad científica y los juicios de valor están separados por un abismo. La misma racionalidad científica, por no tener bases reales, es un producto de la decisión del individuo que decide adoptar una actividad científica racional en la teoría y la política. El decisionismo de Popper se manifiesta como un resultado lógico de una concepción científica que no reconoce sustrato real a sus propias categorías. Aunque Popper fije la orientación de la actividad científica bajo el principio de la aplicabilidad de los conocimientos, en los hechos, la determinación de los fines prácticos que regulan la aplicación misma de la ciencia tiene lugar fuera de la ciencia.⁴ Popper trata de estos fines en la esfera política. Es decir, la determinación de los fines importantes para la sociedad ocurre para él en un marco social de sujetos racionales que discuten libremente y alcanzan un consenso democrático acerca de estos fines. Sin embargo, esa sociedad de individuos libres, este contexto social, tal como él lo presenta no existe; es una ficción o, en el mejor de los casos, la postulación de un tipo ideal de sociedad democrática. Popper da por hecho real la existencia de una sociedad compuesta de sujetos autónomos y racionales.

Hemos llegado al punto donde podemos y debemos considerar la concepción que Popper tiene de la democracia y de la sociedad abierta y de las paradojas que les son inherentes, pues, como vimos, la sociedad democrática no es la sociedad perfecta pero sí es la mejor posible. En rigor, esta concepción no está ampliamente desarrollada, sino supuesta a modo de un tipo ideal o paradigma que Popper da por sentado que exista realmente en los países occidentales contemporáneos.

Habíamos afirmado anteriormente que Popper no elabora una teoría original de la democracia burguesa. Lo que hace sustancialmente es reafirmar, corroborar los principios clásicos de la democracia representativa frente a los ataques del marxismo y articular una línea de defensa en el campo epistemológico. En cierta medida, su posición es análoga a la del clásico liberal John Stuart Mill y sus preocupaciones son similares a las de Alexis de Tocqueville.⁵ Es decir, Popper busca la adaptación de la democracia liberal-representativa a una situación que permite prever y controlar la virulencia de los conflictos sociales provenientes del movimiento

³ Jürgen Habermas, "Teoría analítica de la ciencia y dialéctica", en: Theodor W. Adorno, *La Disputa del Positivismo en la sociología alemana*, Ed. Grijalbo, Barcelona 1972.

⁴ *Op. cit.*; Cf. también del mismo autor, "Contra un racionalismo menguado de modo positivista", en: *Ibid.*

⁵ Cf. John Stuart Mill, *De la libertad*, Ed. Tecnos, Madrid 1965; Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, FCE, México 1973.

de oposición de las clases obreras y populares. Trata de elaborar una idea de democracia pluralista que tome en cuenta las contradicciones e incluso las luchas de clase, que él reconoce abiertamente, y logre equilibrar institucionalmente a las clases en conflicto. Popper también comparte las preocupaciones de Tocqueville respecto de la tendencia igualitarista de la democracia que llevaría a la tiranía de la mayoría y a la reducción de las libertades democráticas que no pueden excluir la libertad de las minorías y el respeto a sus convicciones. El liberalismo de Popper se mueve en el contexto del capitalismo monopolista y de la historia tanto del fascismo como del estalinismo. Estos son los dos frentes cuyas experiencias trata de articular para adaptar la democracia a las condiciones económicas, sociales y políticas determinadas por el capitalismo monopolista. Popper, por lo tanto, a pesar de aferrarse a una concepción arquetípica de la democracia burguesa, no es un liberal ingenuo. Al contrario, puede afirmarse que es un teórico neoliberal "consciente" de la necesidad del keynesianismo, es decir, de la necesidad de que el Estado burgués desarrolle mecanismos de intervención en la economía que impida la monopolización del poder económico y permita la libertad económica de los individuos. Pero, como veremos, el intervencionismo que postula, o sea "el intervencionismo democrático" implica una reflexión sobre las paradojas del intervencionismo estatal y sus implicaciones para la libertad individual en un nivel de reflexión que trata de armonizar los principios clásicos del liberalismo con el principio de planificación estatal de la sociedad burguesa. Popper se aferra a la concepción clásica del liberalismo; no obstante, hace un esfuerzo para demostrar la compatibilidad del liberalismo con la planificación e intervención estatal. Este intento lo diferencia de teóricos postliberales como Karl Mannheim o Max Weber, convencidos de la ineluctable contradicción entre el proceso de racionalización funcional y burocratización de la vida social y las posibilidades de conservación de las instituciones de la democracia representativa.

En virtud de la burocratización creciente de las sociedades de masas que socava de modo incontenible el sistema liberal representativo, Mannheim parte de la necesidad de redefinir la teoría clásica de la democracia que Popper defiende. La crisis económica, social y política de la sociedad burguesa hace patente la necesidad de la planificación estatal, pero esta es por principio incompatible con el *laissez-faire* liberal. Mannheim destaca la antinomia insalvable entre ambos y propone una democracia planificada, una democracia en la cual oligarquías se disputan el poder con el consenso de las masas, pero una democracia necesariamente autoritaria que elimina las libertades individuales en aras de la preservación de la sociedad burguesa.⁶ En relación con Weber o Mannheim, Popper es, si se quiere, un liberal conservador que aún cree en la posibilidad de establecer

⁶ Cf. Karl Mannheim, *Man and Society in an Age of Reconstruction*. Ed. Harcourt, Brace and World, New York, 1948.

un equilibrio entre planificación estatal y libertad individual sin poner en peligro las bases mismas de la democracia representativa.

Pensamos que para Popper la idea cabal de democracia se resume en los siguientes principios y reglas:

“1] La democracia no puede definirse cabalmente como el gobierno de la mayoría, si bien las instituciones de las elecciones generales es de suma importancia. En efecto, podría darse el caso de una mayoría que gobernase tiránicamente. En una democracia las facultades de los gobernantes deben hallarse limitadas y el criterio primordial de su función debe ser éste: en una democracia, los magistrados, el gobierno, pueden ser expulsados por el pueblo sin derramamiento de sangre. De este modo, si los hombres que detentan el poder no salvaguardan aquellas instituciones que aseguran a la minoría la posibilidad de trabajar para lograr un cambio pacífico, su gobierno será una tiranía.

2] Sólo es preciso distinguir entre dos formas de gobierno, vale decir, aquellas que poseen instituciones de este tipo y las que no las poseen; en otras palabras, entre democracia y tiranía.

3] Una constitución democrática consecuente sólo debe excluir un tipo de modificaciones del sistema legal, a saber, aquel que pondría en peligro su carácter democrático.

4] En una democracia, la plena protección de las minorías no debe extenderse a aquellos que violan la ley y, especialmente, a aquellos que incitan a otros a derribar violentamente el régimen democrático.

5] Toda política tendiente a crear instituciones para salvaguardia de la democracia debe basarse siempre en el supuesto de que puede haber tendencias antidemocráticas latentes entre los gobernantes como entre los gobernados.

6] Si se destruye la democracia, se destruyen todos los derechos. Y aun cuando subsistan ciertas ventajas económicas en favor del pueblo, ella sólo será merced a su sacrificio.

7] La democracia suministra un inestimable campo de batalla para cualquier reforma razonable, dado que permite efectuar modificaciones sin violencia. Pero si no se coloca la preservación de la democracia por encima de toda otra consideración en cada una de las batallas libradas en este campo, las tendencias antidemocráticas latentes que nunca faltan (y que atraen a aquellos que sufren la tensión de la civilización, *cf.* cap. 10) pueden provocar la caída de la democracia. Si todavía no se ha alcanzado la perfecta comprensión de estos principios, entonces debemos luchar por lograrla. La política opuesta puede resultar fatal haciéndonos perder la más importante de las batallas, la batalla por la democracia”.⁷

⁷ Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Ed. Paidós, Buenos Aires 1967, t. II, p. 215ss.

Esta versión de la democracia liberal-pluralista se basa en un desplazamiento de la cuestión política fundamental. Según Popper, desde Platón hasta Marx la cuestión fue planteada en términos esencialistas: la cuestión primordial era la esencia del Estado en cuanto el sujeto o los sujetos que deben gobernar el Estado. Pero esta cuestión es secundaria y tiene que ser sustituida por la siguiente: “¿En qué forma podemos organizar las instituciones políticas a fin de que los gobernantes malos o incapaces no puedan ocasionar demasiado daño?”⁸ Este desplazamiento significa que el problema del control político democrático es el problema crucial de la democracia. Los que aseveran que la primera pregunta es la principal suponen tácitamente que el poder político se halla esencialmente libre de control. Suponen que alguien detenta el poder, se trate de un individuo o de un cuerpo colectivo como, por ejemplo, una clase social. Suponen también que el que detenta el poder tiene un poder incontrolado y que la esencia del poder político es la soberanía. En consecuencia, esta posición se resume en la teoría de la soberanía incontrolada para la cual el problema radical reside en que el poder se deposite en buenas manos ya sea de un individuo o de una clase social. Pero, para Popper toda teoría de la soberanía omite la consideración de un problema mucho más fundamental, esto es, el problema de si debemos o no esforzarnos para lograr el control institucional de los gobernantes mediante el equilibrio de sus facultades con otras facultades ajenas a los mismos. Popper destaca que lo menos que podemos hacer es prestar cuidadosa atención a esta teoría del control y del equilibrio. Pareciera que Popper hace suyo el lema de Saint Just, gran dirigente de la revolución francesa: “El pueblo tiene sólo un enemigo peligroso: su gobierno”.⁹

Popper da algunos argumentos empíricos contra la teoría de la soberanía; sin embargo, su crítica se concentra fundamentalmente en la inconsecuencia de cualquiera de las formas particulares de esta teoría. Puede darse al argumento lógico formas diferentes, según Popper, aunque análogas para combatir la teoría de que deben ser los más sabios quienes gobiernen o bien de que deben ser los mejores, las leyes, la mayoría, etcétera. Una forma particular de este argumento se dirige contra cierta versión demasiado ingenua del liberalismo, de la democracia y del principio de que debe gobernar la mayoría. Esta forma es muy semejante a la conocida “paradoja de la libertad” utilizada por primera vez y con gran éxito, por Platón. En su crítica a la democracia y en su explicación del surgimiento de la tiranía, Platón expone implícitamente la siguiente cuestión. ¿Qué pasa si la voluntad del pueblo no es gobernarse a sí mismo sino cederle el mando a un tirano? El hombre libre, sugiere Platón, puede ejercer su voluntad y libertad, primero, desafiando las leyes, y, luego, auspiciando

⁸ *Op. cit.*, t. I, p. 188 ss.

⁹ Cit. por Reinhard Kühnl, *Liberalismus und Faschismus — Bürgerliche Herrschaftsformen*, Edit. Rowohlt, Hamburg 1965.

el advenimiento de un tirano. Esto no es una simple posibilidad; se ha dado históricamente muchas veces.

De esta paradoja Popper saca la conclusión de que los demócratas que exigen el control institucional de los gobernantes por parte de los gobernados, en especial el derecho de terminar con cualquier gobierno por un voto de la mayoría deben fundamentar estas exigencias sobre una mejor base que la que puede ofrecernos la contradictoria teoría de la soberanía; lo cual es para Popper muy posible, pues el principio de la política democrática consiste en la decisión de crear, desarrollar y proteger las instituciones políticas que hacen imposible el establecimiento de una tiranía o dictadura. En la adopción de este principio, va implícita, no la posibilidad segura de que se pueden en los hechos establecer instituciones de este tipo, pero sí la convicción de que una mala política en la democracia (siempre que prevalezca la posibilidad de provocar pacíficamente un cambio de gobierno) es preferible al sojuzgamiento por una tiranía. De esta manera, Popper no adhiere ingenuamente a la idea de la democracia como gobierno de la mayoría. La democracia no se basa en este principio, sino más bien en el principio de que los diversos métodos igualitarios para el control democrático, como el sufragio universal y el gobierno representativo, han de ser considerados simplemente salvaguardias institucionales de eficacia probada por la experiencia, según Popper, contra la tiranía, y de que estas instituciones deben ser siempre susceptibles de perfeccionamiento.¹⁰ Por tanto, el que acepte el principio de la democracia en estos términos no estará obligado a considerar el resultado de una elección democrática como expresión autoritaria de lo que es justo. Aunque acepte la decisión de la mayoría, a fin de permitir el desenvolvimiento de las instituciones democráticas, tendrá plena libertad para combatirla apelando a los recursos democráticos y bregar por su revisión.

Popper, al reconocer y plantear los problemas implícitos de esta paradoja de la libertad, señala también que la teoría de la soberanía o las teorías de las soberanías tampoco están exentas de paradojas, por ejemplo de que la ley puede exigir, también, que se obedezca la voluntad de un solo hombre; observación que debemos a Heráclito.

La teoría de la democracia es para Popper fundamentalmente una teoría de los controles y del equilibrio institucionales; en otras palabras, se trata de una teoría de lo que los liberales norteamericanos llaman 'countervailing power'. Ahora bien, si el problema crucial de la política democrática es el del control de cualquier poder estatal, —cuestión, según Popper, menospreciada por el marxismo— es la libertad denominada formal por el marxismo, la que para Popper constituye la garantía institucional de este control. "La libertad formal" es el derecho del pueblo a juzgar y expulsar del poder a sus gobernantes, y este es el único medio conocido para tratar de protegernos del empleo incorrecto del poder político.

¹⁰ Karl Popper, *op. cit.*, t. I, p. 195.

El problema del control político es amplio y complejo; se extiende fundamentalmente desde el control en la esfera política propiamente dicha hasta el control del poder económico por el poder político. Popper sostiene que el poder político puede controlar al poder económico sin necesidad de transformar el régimen de propiedad y de que el marxismo se equivocó al reducir el poder político al económico y sostener así el principio de "la impotencia de la política". Reivindicando la capacidad y fuerza del poder político, sostiene que éste es el único instrumento eficaz para proteger la libertad de los individuos frente al poder económico. Más aún, la idea de democracia que tiene Popper es, en rigor, socialdemócrata; es consustancial a lo que él denomina el intervencionismo democrático como un principio básico del control democrático del poder en su conjunto.

Popper demarca este concepto del intervencionismo totalitario, que elimina la libertad de los individuos, y apunta los problemas implicados en el mismo intervencionismo democrático para la protección y el desarrollo de la libertad. En primer término, Popper, habiendo "asimilado" la lección de Keynes, señala la necesidad de la intervención económica del Estado mediante métodos graduales. En segundo término, destaca los peligros de este intervencionismo, pues acrecientan el poder del Estado. Sin embargo, aduce que este argumento no es decisivo porque el Estado es un "mal necesario". Es la peligrosidad del intervencionismo la que debe más bien llevarnos a una política de control institucional del mismo intervencionismo estatal económico. Es decir, la planificación intervencionista del Estado tiene que ser regulada y no debe conducir a la supresión de la libertad. Si se pierde la libertad, dice Popper, también perdemos la planificación. El dilema consiste entonces en promover un tipo de intervencionismo que evite el peligro de la eliminación de las libertades individuales al introducir mecanismos intervencionistas; y este tipo es el del "intervencionismo democrático" que evita la "paradoja" de la planificación, en la que cayó Karl Mannheim y con él muchos pensadores post-liberales. El problema radica para Popper no en exagerar y absolutizar la necesidad de la planificación, sino más bien, en limitarla a lo estrictamente imprescindible para la preservación de la libertad. Por consiguiente, el Estado debe obtener sólo el poder que necesita para cumplir esta tarea. El "intervencionismo democrático" consiste en crear instituciones protectoras en un marco legal, por ejemplo, a través del presupuesto. Se trata entonces de un método de intervención indirecta que hace posible encarar el más grave peligro del intervencionismo como tal que es el de conducir al aumento del poder estatal de la burocracia. En el fondo, el método indirecto es la tecnología gradual y fragmentaria, que explicaremos más adelante.

Ahora bien, para entender mejor qué es la sociedad democrática como sociedad abierta, es necesario contrastarla con su opuesto, la sociedad cerrada. Popper concibe a la sociedad cerrada como sociedad mágica, tribal y colectivista en oposición a la sociedad abierta en la que los indi-

viduos tienen y deben adoptar decisiones personales. La sociedad cerrada extrema puede ser comparada a un organismo o a una tribu donde sus miembros están ligados inexorablemente por múltiples vínculos que no permiten la libertad individual. La ley de éstos es la ley de la tribu y de la colectividad. No existe, por tanto, la libertad individual, ni la probabilidad de competencia entre los individuos, por ejemplo, para elevarse en la escala social. La sociedad cerrada puede ejemplificarse, según Popper, certeramente con la política seguida por Esparta, opuesta a la de Atenas, sociedad abierta. Esta política está sostenida en los siguientes principios; "1] Protección del tribalismo, cerrarse a toda influencia extranjera; 2] Antihumanitarismo: cerrarse a toda ideología igualitaria, democrática e individualista; 3] Autarquía: no depender del comercio; 4] Antiuniversalismo o particularismo: sostener la diferenciación entre la propia tribu y todas las demás, no mezclarse; 5] Dominación: someter y esclavizar a los vecinos; 6] Expansión moderada: "la ciudad debe crecer sólo mientras pueda hacerlo sin alterar su unidad" y, especialmente, "sin arriesgarse a la introducción de tendencias universalistas."¹¹ A excepción de este último punto, todos los demás principios de la sociedad cerrada reflejan, de acuerdo a Popper, las tendencias fundamentales del totalitarismo moderno. Estas tendencias emanan necesariamente de la sociedad cerrada y se manifiestan desde la misma antigüedad griega y desde el nacimiento de la primera democracia occidental. Al desaparecer con Atenas el tribalismo, el colectivismo, formas de vida tradicionales ligadas a la magia y la religión, surgieron tendencias, como en Esparta, orientadas en la conservación del tribalismo y en la obstaculización de la gran revolución democrática que fue el descubrimiento de la razón, de la discusión crítica, del pensamiento libre de obsesiones mágicas, y de la moral individual. Con esta revolución que pone al individuo al descubierto y lo coloca en un vuelo donde sólo lo protegen sus propias alas, donde no puede recurrir a un dios todopoderoso, al tirano protector o a las tradiciones morales, surge lo que Popper llama la "tensión de la civilización", inevitable en este proceso de constitución de la libertad individual, que se trata de eliminar mediante la reacción y la vuelta al pasado, a las formas de dominación tradicionales. Para Popper, esta tensión recorre la historia occidental y se manifiesta contemporáneamente en su lado conservador en el totalitarismo moderno.

Aquí cabe introducir un par de reflexiones sobre este concepto. Las teorías del totalitarismo elaboran un modelo paradigmático de democracia consubstancial con el de democracia pluralista-representativa y clasifican indistintamente todos los regímenes que se alejan de ese modelo como regímenes totalitarios. De esta forma, tanto el fascismo como el stalinismo y otros sistemas de poder no-liberales caen bajo el veredicto del totalitarismo. Carl Friedrich, Hanna Arendt, Raymond Aron y el inefable Bres-

¹¹ *Op. cit.*, t. I, p. 283.

chinsky son los representantes más connotados de la teoría del totalitarismo. El síndrome del totalitarismo está constituido por los siguientes principios:

1] Una ideología quiliástica que cubre todos los aspectos de la existencia humana; 2] Un partido de masas, en el caso típico dirigido por un dictador, organizado jerárquicamente y colocado por encima de la burocracia estatal o entrelazado con ésta; 3] Un sistema de terror controlado por el partido y la policía secreta; 4] Un monopolio casi completo de control de todos los medios eficientes de comunicación de masas; 5] Un monopolio casi total del empleo efectivo de armas de fuego; 6] Un control y dirección de toda la economía.¹²

La concepción ideal-típica del totalitarismo concibe el fascismo como un accidente histórico del capitalismo y descalifica cualquier intento de superar el marco de la democracia burguesa. Por lo general, y en contraste con Popper, quien intenta, por lo menos, apuntar cierta dinámica interna que conduce al totalitarismo, los representantes de la concepción, digamos clásica, se contentan con analizar procesos sociales no burgueses como formas desviacionistas a partir del modelo sustancializado de las democracias representativas. Tampoco llegan a la visión más compleja de la teoría de la convergencia de sistemas (Hans Freyer o Schelsky por ejemplo) que busca la explicación del crecimiento de las burocracias, de la reducción de las libertades individuales, de la involución de la democracia, ya sea en los regímenes capitalistas como en los regímenes socialistas burocratizados, en base a la lógica de la sociedad técnica-industrial que impondría inevitablemente las tendencias totalitarias.¹³

Ahora volviendo a Popper, la sociedad cerrada se caracteriza, a nivel de pensamiento y de método, fundamentalmente por el historicismo. Por esta razón, el ataque de Popper a la sociedad cerrada y totalitaria se concentra en un nivel filosófico-epistemológico. El historicismo consiste en una interpretación de la vida social y de las actitudes y problemas individuales y sociales en base a una contemplación de la historia como escenario de grandes sujetos e instancias. El historicismo ve al individuo como un peón, como un instrumento casi insignificante dentro del tablero general del desarrollo humano. Descubre como el sustrato real o como a los actores verdaderos de la historia a los sujetos como las naciones o los estados, las clases o los líderes o incluso a las grandes ideas. Esta concepción trata de explicar la historia en base a supuestas leyes que rigen su desarrollo, cuyo conocimiento a su vez permiten un pensamiento profético acerca del destino del hombre. Conociendo las leyes, el hombre puede erigirse en el profeta de la historia. Ahora bien, esta concepción es la que ha dominado, desde Platón hasta Marx, el pensamiento histórico y ha infectado la atmósfera intelectual de generaciones. Y los que han

¹² Cf. Gert Schäfer, "Demokratie und Totalitarismus", en: Gisela Kress/Dieter Senghaas (Eds), *Politikwissenschaft*, Ed. Fischer, Frankfurt 1972, p. 105 ss.

¹³ Cf. Hans Freyer, *Teoría de la Epoca Actual*, FCE, México 1975; H. Schelsky, *Auf der Suche nach der Wirklichkeit*, Köln 1965.

sucumbido a esta forma de pensar han sido inevitablemente los enemigos de la sociedad abierta, sobre todo Platón y Hegel, y también Marx como discípulo de Hegel. Sobre todo Hegel es el iniciador del historicismo moderno y el restaurador contemporáneo del tribalismo. De ahí concluye Popper que Hegel es el teórico del totalitarismo, el que endiosa al Estado y la Historia y subsume a los individuos en aras del poder de Dios y del Estado. La dialéctica es un contrasentido, una teoría irracional que en gran medida llegó a pervertir las ideas de la Revolución francesa; es una jerigonza confusa que no resiste el análisis racional crítico. Popper ataca y refuta la dialéctica en nombre de la racionalidad de la lógica formal y, por lo tanto, no puede admitir su legitimidad teórica e histórica.¹⁴

No podemos extendernos en la crítica popperiana a la dialéctica de Hegel y por ampliación a la dialéctica de Marx. Digamos solamente que este ataque se dirige esencialmente contra el concepto de contradicciones dialécticas como contradicciones reales. Lo que nos interesa aquí inmediatamente es la refutación del historicismo que propone Popper y que está basada en cinco proposiciones: "1] El curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos. (La verdad de esta premisa tiene que ser admitida aun por los que ven nuestras ideas, incluidas nuestras ideas científicas, como el subproducto de un desarrollo material de cualquier clase que sea). 2] No podemos predecir, por métodos racionales o científicos, el crecimiento futuro de nuestros conocimientos científicos. (Esta aserción puede ser probada lógicamente). 3] No podemos, por tanto predecir, el curso futuro de la historia humana. 4] Esto significa que hemos de rechazar la posibilidad de una historia teórica, es decir, de una ciencia histórica y social de la misma naturaleza que la física teórica. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica. 5] La meta fundamental de los métodos historicistas está, por lo tanto, mal concebida; y el historicismo cae por su base."¹⁵

A esto se podría añadir el principio expuesto en *La sociedad abierta y sus enemigos* de que la historia no tiene significado en el sentido de la historia como proceso determinado por grandes sujetos, sean estos leyes, dioses, clases sociales, etcétera, que operan por encima de los individuos. Pero que la historia no tenga sentido, no quiere decir para Popper que no le podamos dar un sentido. En efecto, podemos hacerlo y de hecho lo hacemos pero no en virtud de significaciones transhistóricas, sino de las decisiones individuales, racionales ajustadas al carácter de la tecnología gradual y fragmentaria, es decir, a la ingeniería social. Por extensión, en el campo de la política la acción racional no puede sostenerse en el conocimiento de supuestas leyes generales transhistóricas. "En realidad es

¹⁴ Cf. Karl Popper, "¿What is Dialectic?", in: *Conjectures and Refutations*, Ed. Routledge and Kegan, London 1963.

¹⁵ Karl Popper, *La miseria del historicismo*, Ed. Alianza/Taurus, Madrid 1973, p. 12.

necesario reconocer como uno de los principios de toda concepción política libre de prejuicios que en los asuntos humanos todo es posible, y, más específicamente, que no debe excluirse ningún proceso concebible sobre la base de que viole la pretendida tendencia del progreso humano o cualquiera de las leyes de la naturaleza humana".¹⁶

Por esta razón, en el conflicto entre la sociedad abierta y la sociedad cerrada, el tópico o problemática central de Popper es el choque entre el historicismo y la ingeniería social; más precisamente, entre el marxismo y la ingeniería social como método de cambio real del racionalismo crítico.

La refutación popperiana del marxismo radica en el argumento de que éste es un determinismo sociológico, que da lugar a una profecía irracional y utópica, y un activismo político. En efecto, Popper sostiene que el marxismo se concibe no sólo como una ciencia o teoría cuya tarea consiste en formular una profecía histórica, sino también como base para una acción política. El marxismo critica la sociedad existente y afirma que puede conducirnos a un mundo mejor. Pero, la teoría de Marx limita las posibilidades de modificación de la realidad económica y social. Lo más que puede hacer la política es acortar y disminuir los dolores del nacimiento de un proceso que no está sujeto a la voluntad subjetiva.

Según Popper, este programa político es extremadamente pobre y su pobreza es consecuencia del lugar completamente secundario que le asigna al poder político en el orden jerárquico de los poderes. El materialismo histórico sería una teoría determinista que otorga el verdadero poder a las fuerzas productivas en el sentido de máquinas, luego, siguiéndole en importancia, al sistema de relaciones económicas de clase, y finalmente, y, sólo en tercer término, a la política.

Sin embargo, para Popper el poder político no sólo es fundamental, sino que está por encima del poder económico y puede controlarlo. Por lo tanto, mediante las disposiciones legales del intervencionismo democrático, el poder político puede canalizar la economía. La actitud despectiva de Marx hacia el poder político y su presunción de que el poder estatal perdería sus funciones en una sociedad sin clases demuestran en la perspectiva popperiana que Marx no captó la paradoja de la libertad y tampoco comprendió la función que podía y debía cumplir el poder estatal al servicio de la libertad y de la humanidad; cuestión que revelaría, además, que Marx era en el fondo un individualista, pese a sus apelaciones a la conciencia de clase. De aquí deduce Popper también que el marxismo no comprendió el significado de la democracia como sistema institucional de control de los gobernadores por los gobernados.

Existirían dos ambigüedades centrales en la teoría marxista, íntimamente relacionadas: la ambigüedad de la actitud hacia la violencia y la ambigüedad de la concepción de la conquista del poder político por el proletariado. Las dos se hallan arraigadas en la extensa vaguedad del enfoque historicista y, por último, también en la teoría del Estado de

¹⁶ Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, t. II, p. 271.

Marx. Si el Estado es, en esencia, una tiranía de clase, entonces es permisible, por un lado, la violencia, y por el otro, todo aquello que pueda hacerse para reemplazar la dictadura de la burguesía por la del proletariado. Popper destaca, con cierto acierto, que estas dos ambigüedades desempeñaron un papel importante y desastroso en la política tanto socialdemócrata como comunista frente al fascismo. Pero las principales deficiencias del marxismo radican para él en que estas dos ambigüedades hacen imposible el funcionamiento de la democracia si son adoptadas por un partido político, pues en los hechos crean “un espíritu de desconfianza” en los trabajadores hacia la democracia. El marxismo se convierte en relación a la cuestión de la dictadura, en algo así como una ‘self-fulfilling prophecy’.

Aunque Popper hace un esfuerzo de hacer justicia a los “aciertos” de la teoría de Marx con respecto a las tendencias del desarrollo económico del capitalismo (acumulación, concentración de capital, formación de monopolios, concentración de la riqueza, etcétera), un argumento central de su crítica restringe decisivamente el ámbito de su validez: la teoría de Marx se refería a un capitalismo empresarial sin trabas que ya dejó de existir, pues el capitalismo contemporáneo es un capitalismo intervenido por el poder político, un capitalismo donde dejaron de imponerse las tendencias hacia la polarización y agudización de las clases sociales, donde la lucha de clases dio paso al acuerdo y al consenso entre las clases, donde, en definitiva, la perspectiva catastrófica de Marx no se cumplió.

En resumen, obtenemos una refutación de los tres pasos del razonamiento de Marx en los cuales, según Popper, se apoyó la profecía marxista: 1] El análisis de la producción capitalista que lleva al descubrimiento de la tendencia hacia el aumento de la productividad del trabajo y de la polarización de la riqueza y la miseria; 2] En el segundo paso se extraen, siempre según Popper, dos conclusiones: que todas las clases, salvo la burguesía y la vasta y explotada clase obrera, tienden a desaparecer o a perder todo significado, y que la tensión creciente entre ambas clases conduce a una revolución social; 3] El tercer paso consiste en deducir de las premisas anteriores el advenimiento inevitable del socialismo, por tanto, en la formulación de la profecía final del socialismo.¹⁷

Popper rechaza enérgicamente esta argumentación que él supone como vigente en Marx. En realidad, lo que hace es tomar e hipostasiar una dimensión existente en la teoría de Marx que puede explicarse por los restos especulativos existentes en su teoría y que las versiones vulgares del marxismo, las interpretaciones deterministas, mecanicistas desde Plachanow hasta Bucharin y Stalin erigieron en esquemas ontológicos y dogmáticos. La crítica de Popper es pues, en realidad, una refutación liberal de estas ópticas esclerotizadas del marxismo.

Popper vislumbra, en cierto modo, la ambigüedad de la propia teoría de Marx en relación con los vínculos entre el rol de las leyes históricas y

¹⁷ *Op. cit.*, t. II, cap. XX, p. 223 ss.

la función de la actividad de las clases y los individuos. Señala la contradicción entre el historicismo y lo que él llama el activismo de Marx, y termina afirmando falsamente que Marx le restó importancia a la acción y voluntad de los individuos porque permaneció bajo la influencia perniciosa del historicismo, o sea bajo la creencia de leyes inexorables de la historia que se imponen por encima de la praxis y de la conciencia de los individuos, y que, por lo tanto, prefirió ser el profeta de la historia que predice su curso inevitable en base al conocimiento de aquellas supuestas leyes. Existiría un profundo abismo entre el activismo de Marx y su historicismo, abismo ahondado por su doctrina de que debemos someternos a las fuerzas puramente irracionales de la historia. Marx habría recusado así por utópica toda tentativa de utilizar la razón a fin de planificar el futuro y le habría negado a la razón la capacidad de desempeñar papel alguno en la construcción de un mundo más razonable. Sin embargo, Popper afirma que existe una posibilidad teórica de salvar esta brecha y que se encuentra, en efecto, en la teoría moral relativista-histórica de Marx y Engels que da a los valores de justicia, libertad, etcétera, un rol fundamental en el proceso histórico. Popper llega a la errónea conclusión de que, en el fondo, la teoría de Marx es una crítica moral del capitalismo y que *El Capital* es un "tratado de ética" y que, en este sentido, a la manera de los marxistas kantianos que se rompieron la cabeza en el afán de conciliar el proceso histórico —sujeto a las leyes que suspenden la responsabilidad individual— con la libertad y la moral de los individuos, la perspectiva de Marx es perfectamente válida y además valiosa. "El marxismo", dice Popper, "es la idea correctiva más grande de nuestro tiempo". Negando el carácter científico de la teoría de Marx, el racionalismo crítico concluye destacando su impulso ético: "El marxismo 'científico' ha muerto, pero deben sobrevivir su sentido de la responsabilidad y su amor a la libertad".¹⁸

Popper señala otra deficiencia que cree hallar en la teoría de Marx, proveniente de su historicismo, y es que esta teoría que profetiza el futuro de la historia es incapaz de elaborar los pasos concretos de darse en la transformación socialista. Al rechazar una estrategia concreta del socialismo, afirmando, no obstante, la meta final de la transformación, Marx abre un abismo entre el fin a alcanzar y los medios a emplearse. El profetismo de Marx es la fuente de esta contradicción y se sobrepone además al método de los análisis institucionales de la economía capitalista, donde Popper ubica la verdadera fuerza del pensamiento marxista.

Pero, en definitiva, la teoría marxista cae en el irracionalismo porque el historicismo no hace posible el desarrollo de una tecnología gradual, es decir, de la ingeniería social. La pugna, a la que nos referíamos anteriormente, que decide el futuro de la sociedad racional y abierta se ubica en el contexto de la lucha de la tecnología social contra el profetismo historicista o tecnología utópica. La verdadera alternativa es para Popper

¹⁸ *Op. cit.*, t. II, p. 293.

no la alternativa político-económica entre “capitalismo” y “socialismo” que para él no pasan de ser entidades abstractas, por tanto, no existentes, sino la alternativa entre la tecnología utópica y la tecnología social gradual y fragmentaria. Esta ingeniería social debe basarse en el mejoramiento inmediato del mundo en que vivimos, en tecnologías de cambio precisas de acuerdo a las realidades diversas del mundo social que fijen las pautas para el intervencionismo democrático. La tecnología fragmentaria es la única alternativa viable del racionalismo crítico porque permitiría limitar muchas inclinaciones especulativas y someter nuestras teorías a criterios definidos de claridad y posibilidad de experimentación.¹⁹ El destino de la sociedad abierta se juega en este choque entre tecnología fragmentaria-gradual y tecnología utópica que pretende la transformación de la totalidad social sin contar con la actividad racional concreta, sino confiando en el cumplimiento de las leyes inexorables de la historia. Sin embargo, la alternativa que plantea el racionalismo crítico, aunque sea falsa, tiene su porción de verdad. La alternativa es falsa, en primer término, porque la tecnología fragmentaria implica una reducción de la ciencia a conocimiento pragmático y técnico que la hunde en el decisionismo teórico y práctico que está a la base del racionalismo crítico. Contra su aparente ímpetu racionalista, el pensamiento de Popper esconde una actitud resignativa al renunciar a una teoría crítica de la sociedad que aprehenda procesos históricos y sociales en su totalidad. Esta renuncia es una consecuencia lógica de su nominalismo conceptual y su substancialización de la lógica formal que impiden el reconocimiento de contradicciones objetivas como fuerzas operantes en el seno de la sociedad burguesa y que son además “el motor de la crítica racional.”²⁰

El criticismo popperiano encuentra aquí sus límites: desconociendo la objetividad histórica, que en su condición real de posibilidad, la crítica de carácter ilimitado, apoyada en la actitud metodológica fundamental del conocimiento a través del ensayo y el error, se convierte en objeto y en fin de sí misma. Popper y discípulos, como Hans Albert, aun cuando su crítica se dirige a relaciones de poder o situaciones sociales, están predominantemente preocupados en la corroboración de las propias condiciones de posibilidad y en el rechazo de las limitaciones ‘externas’ del radicalismo crítico.

Por otro lado, la alternativa planteada por Popper es, en cierto modo, verdadera en el sentido de que la tecnología metafísica y del objetivismo basado en la absolutación de supuestas leyes históricas que actúan por encima de los individuos y las clases con la fuerza de leyes naturales, no responden a las exigencias de una teoría orientada hacia la praxis y la transformación de la sociedad actual.

Es indudable que el marxismo no puede ser “tout court” reducido,

¹⁹ *La miseria del historicismo*, p. 73.

²⁰ Theodor W. Adorno, *Introducción a la disputa del positivismo en la sociología alemana*, p. 26.

como lo hace Popper, a una teoría objetivista y mecanicista. Una teoría histórica de la transformación social, sin embargo, debe desarrollar criterios específicos de validación y contrastación históricas. La paralización de la teoría marxista por decenios, su encierro dogmático, son un indicio de que perdió la interacción dialéctica con la historia. ¿Ha elaborado el marxismo contemporáneo criterios propiamente marxistas de validación histórica? Este es un problema que plantea el reto de someterse a los veredictos de la experiencia histórica y de rechazar principios de validación exclusivamente al interior de la coherencia conceptual de la teoría.

La tecnología fragmentaria no es la alternativa al objetivismo determinista es, más bien, su 'pendant'. La alternativa es una dialéctica histórica sin restricciones deterministas ni pragmatistas.